

INTRODUCCIÓN

Se la conoce por muchos nombres: La Crisis, Los Años Oscuros, La Plaga Andante, así como otros apelativos nuevos más «a la moda», como Guerra Mundial Z o Primera Guerra Z. Yo prefiero no utilizar este último apodo, ya que implica una inevitable Segunda Guerra Z. Para mí siempre será la Guerra Zombi, y, aunque puede que muchos pongan en tela de juicio la precisión científica de la palabra *zombi*, les costará encontrar otro término mundialmente aceptado para designar a las criaturas que estuvieron a punto de provocar nuestra extinción. *Zombi* sigue siendo una palabra devastadora, con una capacidad incomparable para evocar numerosos recuerdos y emociones, y son dichos recuerdos y emociones los que dan forma a este libro.

Este registro de la mayor contienda en la historia de la humanidad debe su creación a un conflicto mucho más pequeño y personal con la presidenta del Informe de la Comisión de Posguerra de las Naciones Unidas. Mi tarea inicial para la Comisión podría describirse como un trabajo hecho con amor, nada más y nada menos. El estipendio para viajes, el acceso de seguridad, el ejército de traductores, tanto humanos como electrónicos, y el «cacharro» de transcripción activado por voz, pequeño, pero de incalculable valor (el mejor regalo posible para el mecanógrafo más lento del mundo), dejaban claro el respeto y el aprecio que despertaba mi trabajo en este proyecto. Así que, como puede suponerse, me resultó traumático descubrir que la mitad del mismo había desaparecido de la edición final del informe.

«Era demasiado íntimo —me dijo la presidenta durante una de nuestras muchas y “animadas” discusiones—.

Demasiadas opiniones, demasiados sentimientos, ése no es el objetivo de este informe. Necesitamos hechos y números claros, que no los enturbie el factor humano.»

Evidentemente, tenía razón; el informe oficial era una serie de datos puros y duros, un «informe de seguimiento de la acción» con el que las generaciones futuras podrían estudiar los sucesos de aquella década apocalíptica sin verse influidos por el «factor humano». Pero ¿no es el factor humano lo que nos conecta de forma tan íntima con el pasado? ¿Serán tan importantes para las generaciones futuras las cronologías y las estadísticas de fallecidos como los relatos personales de unos individuos no muy distintos a ellos? Al excluir el factor humano, ¿no nos arriesgamos a crear un distanciamiento emocional que, Dios no lo quiera, podría llevarnos a repetir la historia? Y, al final, ¿no es el factor humano la única diferencia real entre nosotros y el enemigo al que ahora nos referimos como «los muertos vivientes»? Presenté este argumento a mi jefa, quizá de una forma menos profesional de lo que resultaba adecuado, y ella, después de oírme terminar con un «no podemos dejar morir estas historias», respondió inmediatamente así: «Pues no las dejes morir, escribe un libro. Tienes todas las notas, y la libertad legal para usarlas. ¿Quién te impide mantener estas historias vivas en las páginas de tu [imprecación borrada] libro?».

No me cabe duda de que algunos críticos discreparán con la idea de publicar un libro de historias personales cuando ha transcurrido tan poco tiempo desde el final de las hostilidades en todo el mundo. Al fin y al cabo, sólo han pasado doce años desde la declaración del Día VA en los Estados Unidos continentales, y apenas una década desde que la antigua primera potencia mundial celebró su liberación en el Día de la Victoria en China. Como la mayoría considera que el Día VC fue el fin oficial, es difícil obtener una pers-

pectiva auténtica, ya que, en palabras de un colega de la ONU: «Llevamos tanto tiempo de paz como tiempo estuvimos en guerra». Es un argumento válido y merece respuesta: en el caso de esta generación, los que han luchado y sufrido para conseguirnos la década de paz de la que ahora disfrutamos, el tiempo es tanto un enemigo como un aliado. Sí, los años venideros lo pondrán todo en perspectiva y añadirán una mayor sabiduría a los recuerdos, vistos a la luz de un mundo maduro de posguerra. Pero puede que muchos de esos recuerdos ya no existan, porque habrán quedado atrapados en unos cuerpos y espíritus demasiado deteriorados o enfermos para ver cómo se cosechan los frutos de su victoria. No es un secreto que la expectativa de vida mundial ha quedado reducida a una mera sombra de lo que fuera antes de la guerra. La desnutrición, la contaminación, la aparición de enfermedades previamente erradicadas, incluso en los Estados Unidos, donde hemos vivido un resurgimiento económico y la creación de un sistema de salud universal, conforman nuestra realidad; simplemente, no hay suficientes recursos para atender todas las heridas físicas y mentales de las víctimas. Por culpa de este enemigo, el tiempo, he decidido renunciar al lujo de la perspectiva y publicar estos relatos de los supervivientes. Quizá dentro de unas décadas, alguien retome la tarea de registrar los testimonios de unos supervivientes mucho más ancianos y sabios; quizá lo haga yo mismo.

Aunque esto es principalmente un libro de recuerdos, incluye muchos detalles tecnológicos, sociales, económicos, etc. que se pueden encontrar en el informe original de la Comisión, ya que están relacionados con las historias de las voces que aparecen en estas páginas. Este libro es suyo, no mío, y he intentado que mi presencia resultara invisible siempre que he podido. Las preguntas incluidas en el texto sólo sirven para ilustrar las preguntas que podrían haberse

hecho los lectores. He procurado guardarme mis opiniones y comentarios; si debe eliminarse algún factor humano, que sea el mío.

ADVERTENCIAS

Municipalidad de Chongqing (Federación Unida de China)

[En su apogeo, antes de la guerra, esta región contaba con una población de más de treinta y cinco millones de personas. En la actualidad apenas quedan unas cincuenta mil. Los fondos para la reconstrucción han tardado en llegar a esta parte del país, ya que el gobierno ha decidido concentrarse en las zonas costeras, de mayor densidad de población. No hay red eléctrica, ni agua corriente, aparte de la del río Yangtze, pero las calles están limpias de escombros, y el «consejo de seguridad» local ha evitado que se produzcan nuevos brotes. El presidente de este consejo es Kwang Jingshu, un médico que, a pesar de su avanzada edad y las heridas de guerra, todavía visita a domicilio a todos sus pacientes.]

El primer brote que vi fue en una aldea remota que, oficialmente, no tenía nombre. Los residentes la llamaban Nueva Dachang, aunque era por nostalgia, más que por otra cosa. Su antiguo hogar, la Vieja Dachang, llevaba en pie desde el periodo de los Tres Reinos, y se decía que sus granjas, casas y árboles tenían cientos de años. Cuando se construyó la Presa de las Tres Gargantas y empezaron a subir las aguas del embalse, gran parte de Dachang se había desmantelado, ladrillo a ladrillo, para después construirla en un

terreno más alto. Sin embargo, aquella Nueva Dachang ya no era un pueblo, sino un «museo nacional histórico». Para los pobres campesinos tuvo que ser una angustiada ironía comprobar que su aldea se salvaba, pero que sólo podían visitarla como turistas. Quizá por eso algunos de ellos decidieron llamar Nueva Dachang a su recién construido municipio, para conservar algún vínculo con su herencia, aunque fuera en el nombre. Personalmente, yo no sabía que existiese aquella otra Nueva Dachang, así que puede imaginarse mi desconcierto al recibir la llamada.

El hospital estaba en silencio; había sido una noche tranquila, incluso con el creciente número de accidentes de conductores ebrios. Las motos se estaban haciendo muy populares; solíamos decir que las Harley-Davidson mataban a más jóvenes chinos que todos los soldados norteamericanos en la Guerra de Corea. Por eso me sentía tan agradecido de poder disfrutar de un turno tranquilo. Estaba cansado, y me dolían la espalda y los pies. Iba de camino a la calle para fumarme un cigarrillo y contemplar el amanecer, cuando oí que me llamaban por megafonía. La recepcionista de aquella noche era nueva y no entendía bien el dialecto, pero se trataba de un accidente o una enfermedad. Era una urgencia, eso quedaba claro, y nos preguntaban si podíamos acudir en su ayuda cuanto antes.

¿Qué iba a decir? Los médicos más jóvenes, los chavales que creen que la medicina no es más que una forma de engordar sus cuentas bancarias, no iban a ayudar a cualquier nongmin por amor al arte. Supongo que, en el fondo, sigo siendo un viejo revolucionario. «Tenemos el deber de ser responsables ante el pueblo.»* Aquellas palabras todavía significaban algo para mí..., así que intenté recordarlo

* *De Citas del Presidente Mao Zedong, extraído de La situación y nuestra política después de la victoria en la Guerra de Resistencia contra Japón, 13 de agosto de 1945.*

mientras mi Deer* botaba y traqueteaba por las sucias carreteras que el gobierno había prometido pavimentar, aunque nunca había llegado a hacerlo.

Me costó una barbaridad encontrar el sitio. Oficialmente no existía, por lo que no estaba en ningún mapa, así que me perdí varias veces y tuve que preguntar la dirección a algunos vecinos que creían que les hablaba del pueblo museo. Cuando por fin llegué al grupito de casas de la cumbre, había perdido la paciencia. Recuerdo haber pensado: «Espero que esto sea realmente grave». Cuando les vi la cara, me arrepentí de haberlo deseado.

Había siete personas tumbadas en camas plegables, apenas conscientes. Los aldeanos las habían trasladado a su nuevo salón comunitario de reuniones, donde las paredes y el suelo eran de cemento desnudo, y el aire estaba frío y húmedo. «No me extraña que estén enfermos», pensé. Les pregunté a los aldeanos quién había cuidado de aquella gente, pero me dijeron que nadie, que no era seguro. Me di cuenta de que habían cerrado la puerta desde fuera; no cabía duda de que los aldeanos estaban aterrados: se encogían y susurraban, algunos se mantenían a distancia y rezaban. Su comportamiento hizo que me enfadase, no con ellos, entiéndame, no como individuos, sino por lo que representaban para nuestro país. Después de siglos de opresión, explotación y humillación desde el extranjero, por fin reclamábamos el lugar que nos correspondía por derecho como Reino Medio de la humanidad, éramos la superpotencia más rica y dinámica del mundo, controlábamos todo, desde el espacio exterior hasta el ciberespacio. Estábamos en el inicio de lo que el mundo empezaba a reconocer como «el siglo chino», y, a pesar de ello, muchos de nosotros seguíamos viviendo como aquellos campesinos igno-

* Un automóvil de antes de la guerra, fabricado en la República Popular.

rantes, tan estancados y supersticiosos como los primeros salvajes yangshao.

Cuando me arrodillé para examinar al primer paciente, seguía perdido en mi grandiosa crítica cultural. La mujer tenía mucha fiebre, cuarenta grados centígrados, y sufría violentos temblores. Apenas coherente, gimió un poco cuando intenté moverle las extremidades, y descubrí que tenía una herida en el antebrazo derecho, un mordisco; al examinarlo con más atención, comprobé que no era de animal. El radio de la mordedura y las marcas de los dientes tenían que pertenecer a un ser humano pequeño o, posiblemente, joven. Aunque, según mi hipótesis, aquél era el origen de la infección, la herida en sí estaba sorprendentemente limpia. Les pregunté de nuevo a los aldeanos por las personas que habían atendido a aquella gente, pero ellos insistieron en que no lo había hecho nadie. Yo sabía que no podía ser cierto, porque la boca humana está plagada de bacterias, incluso más que el más antihigiénico de los perros. Si nadie había limpiado la herida de la mujer, ¿por qué no estaba infectada?

Examiné a los otros seis pacientes, y todos mostraban síntomas parecidos, todos tenían heridas similares en distintas partes del cuerpo. Le pregunté a un hombre, el más lúcido del grupo, quién o qué había infligido las heridas, y él me respondió que había sucedido al intentar dominarlo.

—¿Dominar a quién? —quise saber.

Encontré al «paciente cero» encerrado en una casa abandonada al otro lado del pueblo. Tenía doce años, y le habían atado las muñecas y los pies con una cuerda de plástico para embalar. Aunque la piel que estaba en contacto con las ataduras presentaba roces, no había sangre, como tampoco la había en sus otras heridas: ni en las rajaduras de piernas y brazos, ni en el gran hueco seco donde debería haber estado el

dedo gordo del pie derecho. Se retorció como un animal, y una mordaza amortiguaba sus gruñidos.

Al principio, los aldeanos intentaron impedir que me acercase, advirtiéndome que no lo tocara, que estaba maldito. Me los quité de encima, y me puse la máscara y los guantes. La piel del niño estaba fría y gris como el cemento en el que estaba tumbado; ni le encontraba el pulso, ni notaba que le latiese el corazón. Tenía ojos de loco, muy abiertos y hundidos en las cuencas; no me quitaba la vista de encima, como un depredador. Durante todo el examen, el chico mantuvo una actitud inexplicablemente hostil, intentando cogerme con las manos atadas y morderme, a pesar de la mordaza.

Sus movimientos eran tan violentos que tuve que llamar a dos de los aldeanos más corpulentos para que me ayudasen a sujetarlo. Al principio no quisieron acercarse, encogidos de miedo junto al umbral, como si fueran conejos, pero les expliqué que no había riesgo de infección si se ponían los guantes y las máscaras. Cuando vi que sacudían la cabeza, les ordené que se acercaran, a pesar de no tener ninguna autoridad legal para hacerlo.

No hizo falta más: los dos toros se arrodillaron a mi lado, uno sujetando los pies del niño, mientras el otro le cogía las manos. Intenté tomar una muestra de sangre, pero me encontré con una sustancia marrón y viscosa, y, al retirar la aguja, el chico se revolvió de nuevo con violencia.

Uno de mis «auxiliares», el que estaba a cargo de los brazos, decidió que resultaba inútil seguir intentando sujetarlos con las manos y que sería más seguro hacerlo con las rodillas; el niño se sacudió, y oí cómo se le rompía el brazo izquierdo. Los extremos dentados del radio y el cúbito le atravesaban la carne gris; aunque el pequeño no gritó y ni siquiera pareció darse cuenta, bastó para que los dos ayudantes retrocediesen de un salto y saliesen corriendo de la habitación.

El instinto hizo que yo también me alejase varios pasos. Es algo que me avergüenza reconocer, porque he sido médico durante casi toda mi vida adulta. El Ejército Popular de Liberación me había formado... y podría decirse que también «criado»; había tratado muchas heridas de guerra, me había enfrentado a la muerte en más de una ocasión y, sin embargo, en aquel momento, estaba aterrado, realmente aterrado, de un frágil crío.

El niño empezó a retorcerse hacia mí, con el brazo completamente suelto. La carne y el músculo se desgarraron hasta que sólo quedó el muñón; el brazo derecho, libre, todavía atado a la mano izquierda cortada, arrastraba su cuerpo por el suelo.

Me apresuré a salir y cerré la puerta. Intenté recuperar la compostura, controlar el miedo y la vergüenza, pero no pude evitar que se me quebrase la voz cuando le pregunté a los aldeanos cómo se había infectado el niño. Nadie me respondió. Empecé a oír golpes en la puerta, los puños del crío golpeando débilmente la fina madera, y a duras penas logré no sobresaltarme con el ruido. Recé por que no se diesen cuenta de que me quedaba pálido, y grité, tanto de miedo como de frustración, que tenía que saber qué le había pasado a aquel niño.

Una joven dio un paso adelante, puede que se tratase de su madre. Resultaba evidente que llevaba varios días llorando, porque tenía los ojos secos y muy rojos. La mujer reconoció que todo había sucedido cuando el niño y su padre salieron a «pescar de noche», término que se utiliza para hablar de los buceadores que buscan tesoros entre las ruinas hundidas de la Presa de las Tres Gargantas. Como hay más de mil cien aldeas, pueblos e incluso ciudades abandonados, siempre existe la posibilidad de encontrar algo valioso. Era una práctica muy común en aquellos días, además de muy ilegal. Ella me explicó que no estaban saqueando, que era

su propio pueblo, la Vieja Dachang, y que sólo intentaban recuperar algunas reliquias familiares de las casas que no se habían trasladado. La mujer hizo hincapié en aquel detalle, y yo tuve que interrumpirla para prometerle que no informaría a la policía. Por fin me contó que el niño salió llorando del agua con una marca de mordisco en el pie y sin saber lo que había pasado, porque el agua estaba muy oscura y fangosa. A su padre no lo habían vuelto a ver.

Cogí mi móvil y marqué el número del doctor Gu Wen Kuei, un antiguo camarada de mis días en el ejército, que en aquel momento trabajaba en el Instituto de Enfermedades Infecciosas de la Universidad de Chongqing*. Intercambiamos saludos, hablamos sobre nuestra salud y sobre los nietos, porque eso era lo que solía hacerse. Después le hablé del brote y lo oí hacer alguna broma sobre la higiene de los pueblerinos. Intenté reírme con él, pero añadí que me parecía que el incidente podía ser importante. Casi a regañadientes, me preguntó por los síntomas, y yo se lo conté todo: los mordiscos, la fiebre, el niño, el brazo... De repente, se puso tenso y perdió la sonrisa.

Me pidió que le enseñara a los infectados, así que regresé al salón de reuniones y puse la cámara del teléfono delante de cada uno de los pacientes. Después me pidió que acercase la cámara a algunas de las heridas, cosa que hice, y, cuando me puse de nuevo la cámara frente a la cara, vi que ya no había imagen de vídeo.

—Quédate donde estás —me dijo, reducido a una voz lejana y distante—. Apunta los nombres de todos los que han tenido contacto con los infectados, y ata a los que ya lo estén. Si alguno entra en coma, vacía la habitación y cierra bien la entrada. —Tenía una voz monótona, de robot, como

* *El Instituto de Enfermedades Infecciosas y Parasitarias del Primer Hospital Afiliado, Chongqing Medical University.*

si hubiese ensayado aquel discurso o leyese algo—. ¿Estás armado?

—¿Por qué iba a estarlo? —pregunté, y él me dijo que volvería a llamarme, muy profesional. Me explicó que tenía que hacer algunas llamadas y que yo recibiría «refuerzos» en pocas horas.

En realidad, llegaron en menos de una, cincuenta hombres en unos enormes helicópteros Z-8A del ejército, todos con trajes de protección contra materiales peligrosos. Me dijeron que eran del Ministerio de Sanidad, aunque no sé a quién pretenderían engañar, porque, con aquellos andares de matones y su arrogancia intimidatoria, incluso aquellos paletos de charca podían reconocer a los Guoanbu*.

Su prioridad era el salón de reuniones. Llevaron allí a los pacientes en camillas, con las extremidades esposadas y amordazados. Después fueron a por el niño, que salió en una bolsa. Su madre gemía, mientras los soldados reunían a todos los habitantes del pueblo para «examinarlos». Apuntaron sus nombres, les sacaron sangre, y los desnudaron y fotografiaron uno a uno. La última en pasar fue una anciana arrugada con un cuerpo delgado y torcido, una cara surcada por mil arrugas, y unos pies diminutos, vendados a tal efecto desde pequeña. Agitaba su huesudo puño en dirección a los «médicos».

—¡Éste es vuestro castigo! —gritaba—. ¡Es la venganza por Fengdu!

Se refería a la Ciudad de los Fantasma, cuyos templos y altares estaban dedicados al inframundo. Como ocurrió con la Vieja Dachang, aquella ciudad también había tenido la desgracia de convertirse en un obstáculo para el siguiente «Gran Paso Adelante» de China; la habían evacuado, demolido y anegado casi por completo. Nunca he sido una per-

* *Guokia Anquan Bu: El Ministerio de Seguridad del Estado anterior a la guerra.*

sona supersticiosa y no me he permitido engancharme al opio del pueblo; soy un médico, un científico, y sólo creo en lo que puedo tocar. Nunca he considerado a Fengdu más que una trampa barata y hortera para turistas. Por supuesto, las palabras de aquella vieja bruja no tuvieron ningún efecto en mí, pero su tono, su rabia... La anciana había sido testigo de muchas calamidades en los años que había pasado sobre la faz de la Tierra: los señores de la guerra, los japoneses, la demencial pesadilla de la Revolución Cultural..., y sabía que se acercaba otra tormenta, aunque no contase con la educación suficiente para comprenderla.

Mi colega, el doctor Kuei, lo había comprendido demasiado bien. Incluso había arriesgado el pellejo para advertirme, para darme el tiempo suficiente de llamar y puede que alertar a algunos más antes de que llegase el «Ministerio de Sanidad». Yo lo sabía por algo que me había dicho, una frase que aquel hombre no había usado desde hacía mucho tiempo, desde los «insignificantes» enfrentamientos fronterizos con la Unión Soviética, en 1969. Por aquel entonces estábamos en un búnker de barro en nuestro lado del Ussuri, a menos de un kilómetro río abajo de Chen Bao. Los rusos se preparaban para recuperar la isla, y su impresionante artillería machacaba a nuestras fuerzas.

Gu y yo habíamos estado intentando sacar metralla de la barriga de un soldado que no era mucho menor que nosotros. El chico tenía todo el intestino grueso abierto, y nuestras batas estaban llenas de sangre y excrementos. Cada pocos segundos, una andanada nos caía cerca y teníamos que inclinarnos sobre su cuerpo para evitar que la tierra cayese en la herida, y, cada vez que nos acercábamos lo suficiente, lo oíamos gemir débilmente llamando a su madre. También surgían otras voces de la oscuridad absoluta que había al otro lado de la puerta del búnker, voces desesperadas y enfadadas que, en teoría, no deberían haber estado

en nuestro lado del río. Teníamos dos soldados de infantería apostados en la puerta del refugio, y uno de ellos gritó «¡Spetnaz!» y empezó a disparar a la oscuridad. Oímos también otros disparos, aunque no podíamos saber si eran suyos o nuestros.

Nos alcanzó otra andanada, y nos inclinamos sobre el chico moribundo. La cara de Gu estaba a pocos centímetros de la mía, y vi que la frente le chorreaba de sudor. Incluso a la débil luz del quinqué, pude comprobar que estaba tembloroso y pálido; miró al paciente, miró hacia la entrada, me miró a mí y, de repente, dijo: «No te preocupes, todo va a salir bien». Bueno, estamos hablando de un hombre que no había dicho nada positivo en su vida. Gu era de los que se preocupan por todo, un cascarrabias neurótico; si le dolía la cabeza, era un tumor cerebral; si parecía a punto de llover, íbamos a perder la cosecha de todo el año. Era su forma de controlar la situación, su estrategia vital para ir siempre un paso por delante. Sin embargo, cuando la realidad parecía más negra que cualquiera de sus predicciones fatalistas, no tuvo más remedio que darle la vuelta e irse en dirección contraria. «No te preocupes, todo va a salir bien.» Por primera vez, todo sucedió tal y como él había predicho: los rusos nunca cruzaron el río, y, además, conseguimos salvar a nuestro paciente.

Después de aquello, me pasé muchos años riéndome de lo que había costado arrancarle un rayito de esperanza, y él siempre respondía que haría falta algo muchísimo peor para que volviera a hacerlo. Ya éramos ancianos, y algo peor estaba a punto de suceder. Fue justo después de que me preguntase si estaba armado.

—No —respondí—, ¿por qué iba a estarlo? —Se produjo un breve silencio, y estoy seguro de que alguien más escuchaba nuestra conversación.

—No te preocupes —respondió—, todo va a salir bien.

Entonces me di cuenta de que no era un brote aislado, así que colgué y llamé rápidamente a mi hija en Guanghou.

Su marido trabajaba para China Telecom y pasaba al menos una semana al mes en el extranjero. Le dije que sería buena idea que lo acompañase la próxima vez que saliese de viaje, y que lo mejor era que se llevase a mi nieta y se quedasen allí todo lo que pudiesen. No tuve tiempo para darle explicaciones, porque me quedé sin señal justo cuando apareció el primer helicóptero. Lo último que conseguí decirle fue: «No te preocupes, todo va a salir bien».

[El Ministerio de Seguridad del Estado detuvo y encarceló a Kwang Jingshu sin cargos formales. Cuando logró escapar, el brote ya se había extendido más allá de las fronteras de China.]